

ESTE PERIODICO
se publica
LOS DOMINGOS.

PRECIOS DE SUSCRICION

12 reales fuertes

AL MES

EN LA HABANA.

\$5-25, papel, trimestre

EN EL INTERIOR

Franco de porte.



DIRECCION
y Administracion
OBISPO NUMERO 50.
A DONDE
SE
DIRIGIRAN
TODAS
LAS COMUNICACIONES
Y
reclamaciones.

EL MORO MUZA.

PERIODICO DE LITERATURA, ARTES Y OTROS INGREDIENTES.

DIRECTOR PROPIETARIO:
DON MIGUEL DE VILLA.

FUNDADOR:
D. JUAN M. VILLER GAS.

CARICATURISTA:
D. VICTOR P. DE LANDALUZE

NOVEDADES.... NUEVAS.

Por fin llegó el momento, que todo llega en este mundo, y las puertas se abrieron, y brilló el gas por su... presencia, y se reunieron los *bohémios*, y... allí fué Troya.

A mí me dispararon un discurso, ó cosa así, no sé cómo ni cuándo; pero... ¡cá!... no puede ser... ese discurso no pudo haberse pronunciado sino allí, sí, señores, allí.

¿Dónde es allí?...—Ya lo verán Vdes.

¿Qué lujo de palabras el de tal discurso!—Mentira parece que se permita alguno ese despilfarrar, cuando todos aseguran que estamos... como tres en un zapato.

Comienza el *preopinante*, como decía el otro, con una clasificacion de las ciencias que da el opio. Es decir, el opio precisamente, no,—pero produce los mismos efectos.

¿Qué gravedad!... ¡qué elevacion de miras!... y sobre todo ¡qué apóstrofes!

¡Vamos, si cuando les digo á Vdes. que es cosa de desmayarse!...—¿Me querrán Vdes. creer?

La imaginacion sigue constituyendo la mitad más hermosa del entendimiento humano, y ésto, aunque me tiene sin cuidado, francamente, no lo comprendo.

La Universidad, con sus claustros desiertos, abatida y postrada, está como diciendo, al honrado padre de familia:

Aquí de ciencia y saber
Solo me queda el recuerdo.—
Si te he visto no me acuerdo.
Memorias á tu mujer.

La Academia de ciencias *médicas*, *anémica*, sí, señores, *anémica*, y ésto me parece muy fuerte. En fin, lo único que está flamante, nuevecito es... la asociación de *bohémios*.

Y ¿por qué?... Ah! porque en esta desgraciada provincia no ha habido poetas y... vean Vdes. lo que son las cosas!... como no conocíamos esa «planta maldita con frutos de bendicion», no hay nada como ser *bohémio*, para estar flamante.

Respiremos.

Hay quien asegura, como en una conocida zarzuela, que no es todo verdad: quien dice que

aquí ha habido poetas y muy notables que han merecido aplausos de Lista, Quintana, Villergas y algunos críticos extranjeros; pero... ¡bah!... lo que es á mí, despues de haber leído ese discurso, no me convence ni una ametralladora.

¿Qué hizo Heredia?... ¿Cantar con brillante estro la catarata del Niágara?... ¿Si por acaso hubiera escrito algun drama original!...—Ya ven Vdes. que fué un zascandil.

¿Y la Avellaneda?

Compuso muy buenos versos, ¿eh?—Pues me alegro infinito;—pero á pesar de alegrarme y á pesar de sus magníficos dramas, ¿qué fué la Avellaneda?...

Casi estoy por creer que no remendaba la ropa de su marido.

Es preciso desengañarse; aquí no ha habido poetas, no, señores, no los ha habido. El tanto por ciento le llena todo,—hasta el corazon de las suegras.

¡Oh dolor!... ¡Oh desesperacion!... (aquí vienen bien unos cuantos lagrimones.)

Despues de esto, bueno será que Vdes. sepan que el periodismo, ese cuarto poder del Estado—¿cuál será el sexto?—es una calamidad, porque al fin y al cabo, nada más fácil que escribir un buen artículo, meter mucha bulla—más que los carretones de la Habana, y convertirse de la noche á la mañana en un Castelar ó un Valera.

Luego, en los periódicos, se suministra la ciencia en dosis homeopáticas y maldecimos del libro porque le encontramos pesado y prolijo.

Esto matará á aquello, como diría Victor Hugo.

¿Me explico?...

Decididamente, la asociación de *bohémios*, viene á llenar un vacío, á realizar una obra veneranda.

Ella despertará el amor á la letras, á las bellas artes, á todo; porque, eso sí, no hay como decir que en Cuba hace mucho calor, para que llueva en las Batuecas.

El discurso inaugural es magnífico.

Su autor es un enamorado defensor de la ley del progreso, y esto... me reconcilia con el sentido comun.

EL MORO MUZA.

LASCIATE OCNI SPERANZA.

Hay, ha habido y habrá críticos profundos, cuyo criterio *solamente* obedece á la sentencia de la razon y al sentimiento de la justicia, *constituyendo*, por decirlo así, el tribunal incorruptible, imparcial y severo de la literatura.—Estos caballeros escasean, para desgracia de las letras y alegría de los escritorzuelos.

Hay, ha habido y habrá críticos superficiales, cuyo criterio *solamente* obedece al capricho, como tal arbitrario, de la imaginacion y á la torpe y miserable saña de personales pasiones, *constituyendo*, por no decir otra cosa, la ralea de los ignorantes.—Estos *mozos críos* superabundan, para tormento de la sociedad, injuria de las letras y ultraje del sentido comun.

Los críticos verdaderos y concienzudos estudian las producciones del ingenio humano, sin prevencion en el ánimo y con la noble emulacion del entendimiento, afanoso, en su liberal entusiasmo, de levantar, sobre el paves de la filosofía, el buen gusto, en que se dilata el corazon y se educa la inteligencia de artistas y escritores.

Los criticastros, roídos por viles gusanos, huérfanos de la conciencia, llenos de inmundicias el pudridero de sus corazones, hieren, con la traicion ó alevosía de la ignorancia, levantando falsos testimonios, censurando lo bueno, enalteciendo lo malo y..... otros gerundios.

Pero..... hablemos en plata.

Cosa bien averiguada es que ningun criticastro sabe lo que se pesca en achaques literarios, ni mucho ménos *se permite* el lujo de los estudios clásicos, volviendo, sí, las espaldas á la literatura preceptiva, á la filosofía del arte y á la gramática de la lengua, en que berrea. Es más fácil hallar cordura en un loco rematado que átomos de instruccion en los artículos del criticastro. ¿Creen ustedes, por eso, que semejante tipo ó topo no echa plantas de escritor sapientísimo, *pujando* erudicion, mirando por encima del hombro á todo el mundo, escupiendo por el colmillo y..... otros gerundios? Antes bien..... ó mal: el criticastro, poseído de ridícula soberbia, de la soberbia del célebre grajo de la fábula, enristra la péñola—(y ustedes disimulen los

esdrújulos.)—acomete á todo bicho viviente, al primero que le venga en talante, aunque valga un millon de veces más que él, y escribe contra el desgraciado las mayores vilcezas ó las más vulgares tonterías..... mojando, empapando..... ú otro gerundio, la pluma de ganso en sangre, hiel, ó cualquier otro líquido.

Pongamos un ejemplo.

Escribe ADEN-ADEL ó ABDERRAHMAN ú otro mahometano un artículo y..... el señor criticastro, con la más chabacana forma, le sale al paso censurándole el uso repetido de algunos adverbios y gerundios y, olvidándose de que en no remota fecha puso en las nubes al agareno que hoy *ataca*, le condena, *ex cathedra*, porque sí, con toda la fatua arrogancia de un zarramplin segun diría nuestro ilustre camarada AMURATES, le condena, repetimos, como escritor incorrecto.

Y vean ustedes lo que son las cosas: ese mismo criticastro no conoce *ni por el forro*, la gramática castellana, y no sabe una jota de literatura y escribe en un guirigay intraductible y encierra todos sus conocimientos en tres ó cuatro citas de Lope de Vega y muy especialmente del inmortal Figaro, autores insignes á quienes no comprende y á quienes profana con sus citas.

Pues un tipo, como el ligeramente bosquejado la ha emprendido con este semanario,

como *ladran los perros á la luna*, y revolviéndose contra los morunos escritores, tiranizado por la insana rabia, cual si fuese uno de los condenados del Dante.

Y á propósito del Dante: si el criticastro cree que ha puesto una pica en Flándes y que en estas columnas se le va á contestar palabra por palabra, recuerde el célebre verso de aquel insigne poeta:

Lasciate ogni speranza.

FERDUSI.

EPISTOLA.

A UN TAL DON FULANO OLMO, AUTOR DE UN ARTÍCULO LLENO DE INSULTOS CONTRA ESPAÑA.

¿Conque es usted quien hizo ese relato
En que á España se ofende con ahinco?
¿Conque es usted quien pretendió insensato
Hacerle dar de desazon un brinco?
Pues procure escucharme un breve rato
Que le voy á decir cuantas son cinco,
Sea usted Olmo, ó sea, cual recelo,
Pino, corcho, abedul, chopo, ó ciruelo.

El que obra como usted, por fuerza debe
Tener al agua horror, ¡dolencia aciaga!
Porque mostrar ensañamiento alevé
Contra un gran pueblo que la luz propaga,
Eso no puede hacerlo el que agua bebe;
Eso se hace no más cuando se traga,
Hasta poner caliente la cabeza,
Vino, aguardiente, rom, sidra, ó cerveza.

Porque, vamos á ver, si España ignora
Hasta quién es autor del atropello,
¿Con qué fin él la muere y la devora,
Sin dar tregua al descanso y al resuello?
¿Qué es lo que al pobre diablo le acalora?
Vaya, vaya, mi amigo, insisto en ello,
Debe de ser ó estar el que así peque
Tonto, lelo, simplon, loco, ó peneque.

Yo quiero hablar, así, claro, clarito,
Porque, al fin, de razon no estoy escaso;
Y si no, gran cabeza..... de chorlito,
¿Piensa usted que en mis versos me propaso?
¿No está usted turulato? Pues lo admito.

Mas sírvase decirme, en ese caso,
Si es la causa fatal de su perfidia
Odio, tirria, aversion, furia, ó envidia.

Pero, por fin, grandísimo bodoque,
Hoy perdido en excéntrico barranco,
Pedazo de Olmo, ó trezo de alcornoque,
Con dos piés... que ser deben piés de banco;
Si usted quiere, aunque nadie le provoque,
Prosiga en un empeño que, soy franco,
No sé si inspira, y por saberlo lidio
Dolor, grima, desden, risa, ó fastidio.

Solo quiero pedirle, y lo que pido
Lo mismo es justo aquí que en Stokolmo,
Que suelte alguna fruta, decidido
Así á poner en nuestra diela el colmo.
Y si pera no da, porque es sabido
Que nunca hay que pedir peras al olmo,
Dé, siquiera una vez, pero de gana,
Higo, mora, abridor, guinda, ó manzana.

Entre tanto, procure estar tranquilo
Que es lo que cuadra á un sér de su madera,
O trate de brillar por un estilo
Simpático á la gente de mollera;
Porque, si no, le haré probar el filo
De mi bien conocida podadera,
Sea usted Olmo, ó sea, cual recelo,
Pino, corcho, abedul, chopo, ó ciruelo.

AMURATES.

Buenos Aires.

FLEUR DE BRUYERE.

Corría el año..... La fecha no hace al caso.
Corría la época en que la vida, en el abril
de la existencia, se abre como el boton de un
lirio cándido, para recibir en el fondo de su
virgen cáliz el infinito goce de las ilusiones, el
inefable rocío de los afectos, de las pasiones
incipientes, del amor melancólico, del amor na-
tivo.

¿Qué edad aquella! ¡Ojalá aquel tiempo lu-
biera sido lo infalible y lo perpétuo!

Pero ántes al contrario, ese reloj de arena,
cuyos granos pasan por el cristal incesantemen-
te, demostrándonos que cada instante se pierde
en la nada, como una gota de la vida; ese reloj
que parece una policía funeraria, nos ha de-
mostrado que la edad de los veinte años no es
infalible, sino que es el génesis de un torbelli-
no de deleznales fantasmas y visiones; y que,
léjos de ser perpétua, se parece á esas meta-
morfosis de los animales batracios, ó á esos in-
sectos que nacen á la mañana y mueren á la
noche.

¡Brusca transición la que se opera en el es-
pacio de ocho á diez años! El espíritu del man-
cebo que acaba de librarse del servicio de las
armas por su posición, ó por la brutal é idero-
gable ley de la casualidad, tiene tal fuerza de
credulidad, que ama—como los romanos del
imperio—hasta á un *Dios desconocido*. El joven
mancebo podría pasar con frugal alimento; pe-
ro sin creer, perdería la razon; sin amar, perde-
ría la vida.

A los treinta años ¡qué diferencia! la cabe-
za ha absorbido novísimas doctrinas y el cora-
zon se ha transfigurado, cuando no ha desapa-
recido, como polca de la vida moral. Llega la
época de la realidad y la realidad no es más que
un proceso aritmético, donde el escepticismo se
abuyenta no más cuando se verifica esta opera-
ción, base de la vida práctica:

Tres y dos son cinco.

Pero abandonemos este paralelo, y, como
suele decirse, no nos metamos á redentores.

Seguramente que los lectores habrán oído, y
algunos conocerán á fondo este nombre:

Fleur de Bruyere.

Pero por si alguno no lo tiene presente, sepa
que esta frase es el título de una pieza de salon
del—á mi juicio—incomparable compositor
Ketterer, autor de otras dos piezas de la misma
índole, tituladas *Argentina* y *Diamantina*.

Yo conocía la *Fleur*.

Años hacía que entraba con toda franqueza
y familiaridad en casa de unos amigos míos, cu-
ya hija mayor, siempre me pareció poco ama-
ble por la viveza de su carácter, la coquetería
de sus expresiones y sobre todo una especie de
frialdad estudiada, con lo que se vanagloriaba
estar asegurada de inconstancias, sobre todo del
incendio del amor platónico.

Reía, bailaba, bromeaba con todo el mundo,
sin imán posible para su mirada, sin corriente
posible para conmovier su corazón.

Una noche se daba en su casa un concierto.
C*** había de lucir sus habilidades de ejecu-
ción, ya que no de sentimiento, porque á ello
se oponía su sarcástica idiosincrasia.

Llególe el turno y puso las manos en el pia-
no, cerca del que me encontraba yo casual-
mente.

Como el talento de la pianista era grande,
comencé á asimilarle aquella inspiración que
vino á mi oído, y una lágrima se deslizó por mi
mejilla.

Y como si los espíritus tuvieran su estereo-
tipia y su reproducción, miré á C*** y ella,
puestos sus ojos en los míos, también dejó es-
capar una lágrima.

¡Qué hermosa está una mujer en aquella si-
tuación!

¡Cuántos corazones redime la inspiración y
el fuego del arte!

¡Cuántas lágrimas son el bautismo de un
amor eterno!

Pocas horas habían pasado, cuando interro-
gué á C*** el nombre de aquella pieza mur-
sical.

—*Fleur de Bruyere*, me contestó, llena de
melancolía, de miedo, de esperanza.

Fleur comenzó á ser mi entretenimiento; era
el íman que me acercaba á C*** y á la vez du-
daba de que C*** pudiera sentir como yo,
cuando oía la *mazourka*.

Adopté un plan diplomático, el de la indi-
ferencia, constantemente interrumpida por
C*** que me decía:

—¿Quiere usted oír *Fleur*?

—Bien, contestaba yo.

A los pocos días me convencí de la transfor-
mación y de cómo se elevaba el alma de C***
porque ésta enojada me decía:

—Oír á usted *Fleur*, pero con una condición.

—Venga.

—Que no se ha de distraer.

—La escucho con entusiasmo.

—No quiero que la escuche.

—¿Pues?

—Quiero que la vea.

—¿Y la música se ve?

—Sí señor.

—*Non capisco*.

C*** se enojó. Pasado aquel rato de prue-
ba, la dije:

—Se la solicita.

—Pida.

—*Fleur de Bruyere*.

—Jamás.

—¿Y si le prometo *verla*?

Sonó la introducción. Al llegar á la segun-
da parte, vi un verdadero reflejo del cielo en
esta trinidad:

Fleur de Bruyere, una lágrima y una sonrisa apenas perceptible.

* *

Transcurrido algun tiempo, C*** y yo recordábamos la iniciación de la identidad en que se confundían nuestras almas.

Fleur había galvanizado su corazón, había educado su alma.

Una lágrima abrasadora había denunciado el fuego íntimo de un amor nunca extinguido ni entibado.

Una sonrisa era la celebración solemne de su alegría y de su redención.

La mirada, en fin, era mi juramento sagrado, la fórmula sublime que no sabe engendrar el pensamiento, ni sabe desarrollar la palabra.

* *

Han pasado años.

Desde entonces, siempre que oigo *Fleur de Bruyere*, siento el eco de una dulcísima tradición de mi alma; y por más que he pasado de la edad primera, si creo en algo, creo en el espiritismo de la música, con sus agentes, sus *mediums*, sus importantes revelaciones y las conquistas que lleva á cabo, aprisionando el alma entre sus armonías.

MOHAMED.

DIBUJOS SIN NOMBRE.

V.

Genio franco, buen talante,
Muy cortés, muy distinguido,
A la moderna vestido,
Con sus puntas de elegante.

Secretario de alto rango,
Trabaja y se porta bien,
Teniendo así la sarten
Agarrada por el mango.

Letrado, nunca por vil
Interés vendió favor,
Y es un jefe superior
De administración civil.

Es enemigo de engaños,
Hace la guerra al embrollo;
Pero... ¡diantre! ¡si es tan pollo!
¡Si tiene tan pocos años!

No obstante, su fé probada,
Le lleva por buen camino.
¡Librele siempre el destino
De hacer ninguna niñada!

VI.

Ejerce destinos varios,
Nunca al peligro se esconde,
Es comerciante y es conde
Y jefe de voluntarios.

La disciplina severa
Hace observar con teson,
Y así con su batallón
Puede lucir donde quiera.

Siempre acude á la parada
Aunque llueva y caigan rayes,
Porque no sufre desmayos
Su alma altiva, bien templada.

Va su caudal viento en popa,
Cual sus barcos en el mar,
Y es porque sabe nadar,
Guardando siempre la ropa.

Pero teniendo laureles
Y cruces, oro y papel,
Quiere ser más coronel
Que todos los coroneles.

SOLIMAN.

ECOS DE MADRID.

PASEO LIGERO ALREDEDOR DE LA EXPOSICION DE BELLAS (POR DECIRLO ASÍ) ARTES.

I.

—¿Quién es ese hombre enjaulado?
—El señor de Empeinado.
—¿Lo enjaularon con razón?
—Casi, casi, lo he dado
al verlo en la exposición.

—Mira ese paisaje, mira:
¡qué peñascos! ¡qué maleza!
—Es un paisaje que inspira.....
odio á la naturaleza,

Lindo sueño de un pintor
que usa bigote y perilla.
—¿Y eso es sueño? No, señor:
yo creo que es pesadilla.

—De su talento da pruebas
Nin con ese nuevo ensayo.
—Pero ha añadido dos nuevas
víctimas al 2 de Mayo.

—Retrato de la hija del pintor.
—Pudo el papá tratarla algo mejor.

Un crítico literato
que suele tratarme mal.
—Me ha parecido el retrato
mejor que el original.

—Un torero. Buena idea
para expuesta en otra parte.
—Diga Vd. ¿y á quién capea?
—Está capeando al arte.

“Muerte de Cleopatra”—Sí:
de verse pintada aquí.

—¿Y ese picador?—Sin duda
es amigo del torero.
—Pues no me parece mal....
para picador de invierno.

—¿Qué par de cuadros, amigo!
No vuelvo de mi sorpresa.
—Una mujer y un mendigo
servidos en mayonesa!

—¡Gran cabeza de perro!
—Sí que es notable;
merece dos mil duros.....
en perros grandes.

Esa cabeza de estudio
que tiene expuesta Balaca,
demuestra que él ha estudiado
lo poco que le faltaba.

—Muerte de César... ¡Qué horror!
—Es gran cuadro.—Colosal,
y demuestra en el pintor
aptitud excepcional...
para gastar el color.
Mas, si no libre de tacha,
sincero aplauso merece
porque tiene buena facha.
—Hombre... César se parece
á mi portera borracha.

Al ver ese canario extraordinario,
no puedo menos de exclamar: ¡Canario!

—¿Monleon y “Marina?”
Con eso basta:
todo aquel que la mire
será hombre al agua.

—A ese fraile que bosteza
no me es posible mirar.
Si no vuelvo la cabeza,
me pongo yo á bostezar.

—Don Quijote, Sancho Panza
y unos molinos muy grandes...
—Comprendo que á Don Quijote
le parecieran gigantes.

—“Cabeza del natural.”
—Del natural podrá ser;
pero, amigo, á mi entender,
no pasa de artificial.

—Reserva de una parroquia.
—¿Qué piensa Vd. del color?
—Se trata de una reserva...
Me reservo mi opinión.

—“La vuelta del soldado.”
—¡Ay, qué mal en la guerra le han tratado!

—Mire Vd. á Galileo.
—Pobre señor... Era feo!!!

A Carlos el hechizado
con esmero el pintor hizo,
mas tal como ha resultado
no tiene ningun hechizo.

¡Soberbio, señor Urgell!
Vale un mundo su *pinceles*...
(Bien merecen sus pinceles
que se escriban con dos *cles*.)

BOABDIL EL CHICO.

ARABESCOS.

Un amigo mio ha obtenido en el bazar patriótico del Casino Español cuatro premios magníficos, sin haber gastado más que veinte y cinco pesos.

Y á mí, sin ser premio, me ha sacado una niña de blonda cabellera, alta, delgada, muy delgada, extremadamente delgada.

Sí, señores, me ha sacado..... de mis casillas.

¡A mí, que ya había colgado los avíos de pescar sardinas y rabi-rubias!

Pues, señor, los *Baños flotantes* que tan grande aceptación han tenido desde su establecimiento, y que, de seguro, alcanzarán este año más favor que en los anteriores, por parte de los afectos á tomar refrigerios en las saladas olas, acaban de sufrir notables reformas, así en sus fondos como en todo lo demás relativo al aseo de los mismos y al buen servicio del público, ofreciéndose á éste con cuantas comodidades son apetecibles.

La modicidad en los precios es otra de las circunstancias recomendables en esos baños, situados en el lugar que han ocupado siempre, á inmediaciones de la plazuela de la Punta, frente al principio de la calle de Cuba.

Amado pueblo, si ántes
Fueron dignos de loores,
Hoy más limpios y mejores
Están los *Baños flotantes*.

ESTUDIOS SOBRE EL BAZAR DEL CASINO.



Oh! en mis tiempos!!!



¿Me iré á sacar este año un peine como el año pasado?



¡Que inconstantes son los hombres! Hace veinte y cinco años todos me regalaban papeletas. Hoy nadie se acuerda de mí.



Entre Scilla y Caribdis



Dios mío! mi novia vendiendo y yo sin un centavo. Aquí de la esgrima del sombrero.



—Ay taitica! entrarán en suerte las vendedoras?
—Calla, bobo, si así fuera hasta yo me gastaba mis cincuenta pesos en papeletas.



Joven poética buscando un joven poético que regale.

ESTUDIOS SOBRE EL BAZAR DEL CASINO.



Saben Vds. que dan ganas de inutilizarse en campaña para tener tan bellas protectoras. !



—Nadie me dá nada y yo tambien soy inutilizado en la manigua.
—Si pero tu lo has sido en la prohibida.



—Cual de los premios te gusta más?
—A mi las que los venden.



—Cuántas me compra V. ?
—Ay, Señora, ya me cuesta esto mucho.
—Y cree V. que á los inutilizados no les ha costado nada. ?

—Si se estableciera una cantina en el Bazar y con vendedoras así.....que dineral!!

LA SEÑORA FUNEBRE.

CARTA ESCRITA EN PAPEL DE LUTO.

Mi querido lector: ¿No conoces la señora fúnebre? En ese caso, no has asistido á ningún duelo; no se ha muerto nadie en tu casa. Te doy la enhorabuena.

Para el retrato que me propongo bosquejar, no uso más que el carbon, y resaltará, sin embargo, con todo el colorido del original que me sirve de modelo. Es una figura sombría, cuyo solo aspecto infunde tristeza; una especie de mochuelo con faldas, un ave de mal agüero. Tiene en su fisonomía los rasgos más característicos de los desgraciados pobres de San Bernardino que asisten á los entierros, y su aspecto se asemeja al de los conductores de carros fúnebres.

Es viuda y vieja; vive sola y viste siempre de negro. Compra todos los días *La Correspondencia*, solo por leer las papeletas de defunción, y en la calle se pára únicamente ante los escaparates de *La fúnebridad* ó de *La funeraria*, contemplando los ataúdes que la moda ha venido á convertir en vistosos objetos de lujo.

El negro crespon de su mantilla sirve de marco á su triste semblante; sus ojos parecen escaldados por las lágrimas, su boca tiene siempre el mohín del llanto.

Es una señora que tiene muchos amigos, que visita á mucha gente, y que, sin embargo, es repulsiva á todos.

Es buena cristiana, pero de las obras de misericordia no practica mas que una: enterrar á los muertos.

Ella asegura que ántes de morir *su difunto*, que así llama siempre al que fué su marido, era alegre como unas castañuelas; pero yo no puedo creer que semejante boca haya podido reír nunca.

Tengo para mí que esa señora nació *el día de la Conmemoración de los fieles difuntos*, y que se bautizó el viénes santo, y casi me atrevo á asegurar que su madre murió al darle á luz, para que ella saliese al mundo todo lo tristemente posible.

No asiste á diversion de ninguna clase; odia los teatros, y no va á paseo más que el 1.º de Noviembre, á visitar los cementerios.

Es hermana de varias cofradías, y se lamenta de que no admitan mujeres en la congregación de la Paz y Caridad.

Uno de los días más felices de su vida es aquel en que muere una persona de campanillas. Y no es porque ella se alegre de que nadie muera, sino porque esto le proporciona el placer de asistir á unas exequias de primer orden, de esas que se celebran á toda orquesta, y en una iglesia completamente enlutada, bajo cuyas naves se eleva un catafalco; que según ella, *da gloria verlo*.

Vedla salir de su casa, con paso lento y cierta solemnidad en su marcha. Tiene alguna semejanza con el cuervo que se cierne en los aires sobre su presa.

No preguntéis á donde vá; podeis asegurarlo. Se dirige á dar un pésame, ó va á una visita de novenario, ó ha *olido* que se está muriendo alguna persona á quien conoce. Figurémonos que esta persona no ha muerto felizmente todavía. Llegó nuestro tipo á la casa del agonizante, y encuentra á la familia entregada al dolor natural en tales casos.

Ella consuela á los parientes con frases que les hacen recordar su desgracia, procura hablar de la enfermedad, desea enterarse de todos los detalles, refiere como se murieron del mismo mal veinte ó treinta personas á quienes ella vió; y en el momento en que la familia del que está espirando, no puede ya entrar á verle, es cuando ella entra, y delante del enfermo y oyéndola éste acaso, dice á qué hora cree ella que se morirá y que *se va por la posta*, y habla de los preparativos para el entierro; y

cuando supone que el alma del paciente ha volado ya al otro mundo, ella hace todas las pruebas para saber si efectivamente es así y pide las llaves para sacar ropa con que amortajarle y lo revuelve todo y se entera de cuanto puede, y de tal manera que la familia del finado tiene que darle las gracias encima.

Cuando presencia una de estas desgracias, y las presencia todas, es cuando su figura tiene todos los rasgos que la caracterizan.

En esos momentos se mueve con una celeridad vertiginosa, y tan pronto se halla haciendo el *cler éter* á la desmayada huérfana, como metiendo en los sobres las papeletas fúnebres, ó sacando caldo de un puchero para reanimar el abatido espíritu de la que acaba de quedarse viuda.

¿Cómo goza nuestro tipo en esos momentos angustiosos! Viene y va; no descansa un momento; lo desarregla todo, queriendo ponerlo en orden; se lamenta de la desgracia, la refiere con sus más numerosos detalles á las personas que van llegando; dispone de la casa mortuoria como de la suya propia, y no la abandona hasta que la obligan á ello indirectamente.

Entonces sale de allí diciendo las frases sacramentales: salud para encomendarle á Dios; no afligirse, todos lleváremos el mismo camino; y otras tan consoladoras como estas.

Asiste los nueve días á la visita de duelo, en la cual hace saber que viene de casa de D. Fulano á quien se le ha muerto su padre, ó su abuelo, ó su tío, y al marcharse dice siempre que va á ver á Doña Mengana que también está de pésame.

Murciélago que solamente vuela entre las sombras de la desgracia y que ha nacido para ver llorar, huye de todo lo que sea alegre, y no se presenta á vuestros ojos sino cuando están en estado interesante de lágrimas, es decir, preñados.

Sentiré, amigo lector, haberte entristecido con la presentación de tan fúnebre tipo.

Dispénsame si es así; y, deseándote que no veas nunca á la señora que me ha servido de modelo para este bosquejo, se ofrece siempre tuyo afectísimo,

Q. B. T. M.

(Madrid.)

BOABDIL EL CHICO.

RESOLUTA LAMAR.

El estrellado manto de una noche primaveral, embalsamada por las fragancias que á las diez y media se desprenden de los cajones de basuras de la gran *perfumería habanera*, nos cobijaba, á dichos cajones, á los serenos, á mí y á cuantos anduvieran, á aquella hora, por las calles de esta ciudad. Esto sucedió el 12 de Abril del año, ya mezalvete, de 1876.

Los pitazos de los nocturnos agentes de policía, la cariñosa brisa de los trópicos, los chasquidos de los látigos *cocheriles*, el sonoro rodar de algunos vehículos, varios pajarracos de rapia, proposiciones de compra-ventas y otras cosas, visibles, sensibles y hasta incomprensibles: todo esto se observaba, se veía, se oía ó se sentía. Sin embargo, yo no observé, ni vi, ni oí, ni sentí, á una urraca humana ó inhumana, que tuvo la humorada de trasladar de mis bolsillos á los suyos, la, para mí, respetable suma de doce pesos en billetes de banco. Me resigné y dirigí mis pasos á mi habitación, para dormir tranquilamente.

Pero, cuando ménos me acordaba yo de la existencia del bello sexo, tropezó conmigo una muchacha, que, sin aguardar mis excusas, me pidió perdon, con la boca y con la mayor cortesía. ¿Cómo! me dije. ¿Una joven tropezó, sin querer..... evitarlo, con un hombre, también joven, y en lugar de esperar, á lo ménos, la galante súplica de perdon de los labios masculinos, se anticipa, impropriadamente, á bal-

bucear palabras de disculpa? ¿En qué país vivimos? ¿Habrémos dado los habitantes de la Habana una vuelta al mundo, convirtiéndonos en Larras, y poniendo las cosas patas arriba?

—Perdone V., caballero. Venía distraída: ha sido una casualidad. Soy miope—(á mí me pareció que tenía mirada de linco)—Tengo la vista cansada, porque he estado, durante todo el día y algunas horas de la noche, cosiendo sin parar..... y..... ¡oh!..... sin ganar. Las pobres costureras casi nos morimos de hambre. Pero ¿qué estoy diciendo? ¿A V. qué le interesa nada de esto? Disimule el tropezon involuntario. Beso á V. las manos.

Tales fueron las frases que me dirigió la joven del tropezon, con precipitación vertiginosa, mirando al suelo y sonriéndose, como sabe hacerlo una discreta costurera.

Yo le repliqué, á tontas y á locas:

—Señorita: *no hay de qué*—(Recuérdese que me acababan de *aligerar* los bolsillos)—Las costureras son ángeles que remiendan ropas. La miopía se cura. He conocido muchos miopes que, al fin, se han curado. Es una injusticia que V. cosa tanto, sin ganar lo suficiente para vivir con holgura.

¿Cuánto compadezco á las honradas y virtuosas costureras!

Si fuese rico les daría la mitad de mi caudal por... por gusto especial. *Yo soy así*, muy natural y sincero, y vivo á la buena de Dios y á corta distancia de aquí. No puedo disponer de gran cantidad de dinero, pero si V. no se pone brava, acompáñeme hasta mi casa, que le ofrezco, y.....

—Muchas gracias, caballero. Otro día aceptaré sus ofrecimientos. Es V. *mu* fino y *mu* caritativo. Cuénteme V. como una de sus *servidoras*, y cuando necesite de mi industria, cualquiera que sea la pieza, no tiene más que remitirla adonde dice esta tarjeta—(me dió una)—que es mi casa.—Beso á V. las manos.

Era demasiada conversacion para las once de la noche, en medio de una calle, y demasiados *besos de manos*, para una sola muchacha.

Me aproximé á la moribunda y *oscura luz* de un farol del público alumbrado, y, á fuerza de trabajos, pude leer, cual un nictálope, este nombre: *Resoluta Lamar*; y estas señas: *Picota, número.....*

* *

Después de dormir, como cualquiera, me levanté al día siguiente, y á las 8 de la mañana, llamé á la puerta de *Resoluta*, llevándole *un corte de pantalón*, para que me le hiciese.

—¿Está la Srita *Resoluta*? pregunté á una mujer gorda que me abrió la puerta.

—Pase V. adelante, y tome asiento.

Así lo verifiqué en un taburete, que con cuatro más, uno como armario y un catre abierto, sin sábanas, componían el mueblaje de la sala.

—¿Uta! Aquí te busca un caballero, berreó la mujer gorda, desde la sala.

—Dispense V., caballero: *pero Resoluta*, ó como le digo yo *Uta*, por *abreviar*, se está todavía *restregando* los ojos—me decía la voluminosa *matrona*.—Es *dormilona* como pocas, *pero eso sí, mu güena* muchacha, *mu* trabajadora y *mu* *espabilá*.

No hay duda, pensé para mis adentros, que esta inmensa mujer, como *Uta*, cultivaba la literatura del *mu*. Quizá lo hace *por abreviar*.

Llegó *Uta* y me quedé *inutilizado*. *Uta* era una trigueña, de veinte á veintidos años, alta, erguida, *mu* garbosa y *demasiado* retrechera. Sus negros ojos relampagueaban, deslumbraban, *decían mucho* y *se comían*..... al alemán más grave y estirado. Su boca, púrpura de Tiro, formada exteriormente de los más provocativos labios de mujer, afectaba una sonrisa desdeñosa y encantadora que *se me coló* por los ojos y armó en mis venas una zambra endemoniada. Su nariz, de corte griego, aspiraba to-

do el oxígeno de la atmósfera y todo el carbono de mi cerebro. Su cuello era lo menos comible, y de él pendía una sarta de perlas de vidrio, que besaban voluptuosamente un seno, como el mar ondulante, y como *Resoluta* osada. Hasta allí media muchacha, es decir, *Resoluta*; y de allí en adelante la otra media, es decir *Lamar*.

Resoluta Lamar me saludó con los ojos, la cabeza, las manos, la cintura (porque se inclinó, sin novedad,) y, sonriéndose, me dijo:

—¿A qué debo el honor.....?

—Señorita, vengo á ver si V. es tan amable que se tome la molestia de *cóserme* este corte de pantalón.

—Con mucho gusto.—Y la *matrona* nos dejó solos.

Entonces yo mandé á paseo los pantalones, y empecé á bombardear á *Resoluta*, con la ametralladora de mis palabras.

—¿Qué pantalones ni qué ocho cuartos!

—Caballero, esta casa no tiene más que tres.

—Lo mismo da, *Resoluta*, *Uta*. Yo no vengo á que me *sastrees*, sino á que me digas que sí. Yo soy el mismo de anoche: aquí está la tarjeta que me diste. ¿Me desconoces?

Ella preparó una mirada de costurera ó de candelera, y me la arrojó, cual diluvio de lavas: sentí incendio en las venas, fuego griego en el cerebro, petróleo inflamado en el corazón, y... le propuse, allí, darle mi mano, para salir á pasear. Se negó y yo, ahogándome y chamuscándome con los volcánicos vapores que de todo el cuerpo ascendían á mi cerebro, volví á mi casa, sin saber lo que hacía y sin pantalones, esto es, sin los pantalones que le llevé á *Resoluta*, y que en su casa dejó olvidados.

El termómetro de mi aposento subió al máximo de temperatura. Caí rendido y extenuado y abrasado en la cama y en un delirio espantoso.

Un amigo me asistió, y un afamado médico me visitó, administrándome drogas y más drogas, diagnosticándome *reuma* (!) y creyendo, con esa encantadora indiferencia de los médicos, que yo, por mis pasos contados, iba caminando al sepulcro.

El delirio se aumentaba, la fiebre me devoraba, experimentaba fieros dolores en todo el cuerpo, y, presa de tamaños sufrimientos, perdida la cabeza, vacilante, levantéme del lecho y vistiéndome, sin saber cómo ni por qué, fui á parar á los baños de *El Asco*. Me bañé, resultando, naturalmente, lo que ustedes comprenderán, que me *pasmé*, sin poderlo remediar yo ni el médico, sí, me *pasmé*..... de encontrarme bueno y sano, como por encanto, al salir del baño.

No imiten ustedes mi mal ejemplo, ni se dejen arrastrar de la curiosidad de ir á la calle de la Picota, á mandar hacer pantalones á la retrechera *Resoluta Lamar*, porque si ella les hace los pantalones, les hace también perder la cabeza.

ABDERRAHMAN.

LA CHIFLADURA.

(AL AMIGO ALHAMA.)

Pepe de avaro se precia
y de su dinero esclavo,
á quien no tiene un ochavo
vanamente le desprecia.
Es su Dios, su patria y rey,
una onza de buena ley:
duerme mal, come peor,
anda roto y remendado...

¡Ay! lector,
¡si estará Pepe *chiflado*!

Gasta Pedro su fortuna
con Juana que le enamora,
sin notar que esa señora,
no deja de ser muy tuna.
Ella dice que delira
de amor por él... y es mentira;
pero él gusta su dinero
y ella le tiene engañado...

Este pero,
¿no dice que está *chiflado*?

Pagando al mundo su escote,
Gil, que no tiene talento,
luce con gran ardimiento
su lanza, su escudo y mote.
Si él amándose á sí mismo
no piensa en su quijotismo,
¿cómo habrá de conocer
que ha de encontrarse burlado,
si á mi ver
está cual nadie *chiflado*?

Ella me hablaba de *tú*
no estando delante de *él*;
yo la echaba de donde
mientras él hacía el bu.
Ella le llamaba—¿*chimo*!...
y aparte, á mí—¿ángel divino!...
El de nada se enteró,
á pesar de lo pasado...

Digo yo,
¿si él estaría *chiflado*!

Y aquí callo, lector pío,
porque ya se me figura,
que basta de *chifladura*
de padre y muy señor mío.
¡Es mucha calamidad
la *chifladura*, en verdad!
Yo me toco y me retoco,
creyéndome contagiado,
porque aquí quien no está loco
es fuerza que esté *chiflado*!

SOBED.

INGREDIENTES.

Revelaciones importantísimas acaba de hacer, en su carta íntima del 8 de Abril último, *Felicia*, la antigua folletinista del *Diario de la Marina*.

Principia diciendo:—“Nos encontramos en el mes de las calandrias y las abejas.” ¡Noticia fresca, dada la fecha de la carta! Es como si aquí dijéramos ahora:—“Atravesamos la estación de los mangos y de la fruta-bomba,” significando de tal manera que este privilegiado país no produce más que ámbas cosas durante el florido Mayo.

Después agrega:—“Borriquitos cargados de naranjas doradas como las del jardín de las Hespérides, pasan por las calles.”—De modo que Abril puede ser también el mes de los borriquitos cargados de naranjas. Y á propósito de esto, no estará de más decir que por las vías públicas de la Habana pasan igualmente borriquitos; pero no cargados de naranjas, sino de pretensiones, y hasta con antiparras.

Más adelante estampa estos renglones:—“En los Campos Elíseos se ha indemnizado el público del chasco pirotécnico que ha poco tiempo sufrió en el salón del Prado.”—¿*Chasco pirotécnico*? Confesamos nuestra ignorancia: no sabíamos que tal cosa se pudiera decir; y para castigarnos de tamaña culpa, nos imponemos de hoy más la obligación de usar una frase pa-

recida, siempre que venga á pelo. Así, cuando un inesperado aguacero nos coja en medio de la calle, exclamarémos: ¡*Chasco pluvioso*!; y si el reloj, adelantando ó atrasando en su marcha, nos señala una hora que no es, declararémos que nos ha dado un *chasco cronométrico*.

¡Cómo se aprende, leyendo las lucubraciones de las personas ilustradas! Por eso buscamos siempre ansiosos las obras de *Felicia*, que nos enseñan tanto como las censuras de cierto crítico liliputiense, víctima, hace poco, de un soberano *chasco periodístico*.

—=—

Un miserable *sato*, el *sato* de más ruin figura que ha ladrado por estos trigos, participaba diariamente de la comida de un soberbio mastin, aprovechando algunos desperdicios. Así pasaba su vida, sin que ni una sola vez, á la hora de tragar, dejara de arrastrarse ante el poderoso can, lamiéndole y acariciándole de la manera más servil; pero en una ocasión, quiso apropiarse mayor parte que hasta entonces de la ración del mastin, éste gruñó fuerte, mostrando sus afilados colmillos, y el pobre *sato* echó á correr, cual si en mañana de *aleluya* le hubieran atado una hojalata á la cola.

La ambición rompe el saco, como suele decirse, y desde aquel día ya no pudo el diminuto cuadrúpedo participar de la comida del otro. Furioso, con síntomas muy pronunciados de hidrofobia, desesperado por tal fracaso, no hace ahora más que salirle al paso al mastin, ladrando á todo ladrar, y éste al oírle, le desprecia como desprecian los perros; alza la pata y..... ya se sabe lo demás.

Nada de original tiene la fábula ó cuento, ni es nueva la moraleja que se desprende de su relato; pero hoy puede aplicarse perfectamente á algun majadero, y por eso ha salido á colación.

—=—

¡Vaya un modo de suspirar que tiene un señor B. Power, nuevo *sinonte* que *trina* y hace *trinar* á las musas, allá por las *enramadas* de *El Progreso* de Cárdenas!

Hasta ayer ignorábamos la causa del excesivo calor y de la enojosa lluvia que hemos sufrido últimamente; pero ya la sabemos: no ha sido otra que la publicación de una obra del mencionado señor Power, en el referido periódico cardenense: *Un suspiro* que ha trastornado los elementos, produciendo graves alteraciones en el termómetro y el barómetro.

¡Agarrarse, caballeros, que allá va la descargal!

“Tierno suspiro solo en un pecho
Pugna afanoso por libertad:
Pídela amante á una beldad
Que reclinada se halla en el lecho.

Ella responde con suave acento:
Llora y sonríe todo á la par:
Piensa que dicha es solo amar,
Y ¡*ven suspiro*! dice al momento.

Besa al suspiro que la llamára:
Mira furtiva, siente amargura:
Teme tal vez la desventura
De amar incauta al que adorára.

Luego agitada por fiero ensueño
Preso constante de hondo quebranto
Vierte el pesar envuelto en llanto
Por aspirar ciega el beleño.”

¿A qué más comentarios? Pero roguemos al señor Power que no vuelva á suspirar, evitando así nuevos trastornos en los elementos.

—=—

Una revista madrileña asegura que en *Covend-Garden*, Londres, funcionarán este año muchos y muy distinguidos artistas. Entre las 18 *primas donnas* figura Adelina Patti. Hay además 14 tenores, entre los que se cuentan

Nicolini, Caspi, Bolide, de Sanéti, Capoul, Pavani, Piazza, Sabater, Bettini, Rossi, Manfredi, Tamagno, Manfrin y Gayarre; cuatro barítonos que son: Graziani, Cotigni, Maurel y Mélica, y nueve bajos, á saber: Bagagiolo, Capponi, Ciampi, Comti, Scolora, Tagliafico, Jallart, Raguer y Monti.

En el bazar del Casino,

—Chico, ¡qué hermosa es tu predilecta amiga! Cada vez la encuentro más adorable.

—Es natural.

—Y qué color!

—Eso no es natural.

—¿Quién ignora que Rafael Villa es un joven de clara inteligencia, apreciable escritor, honrado y laborioso, y que sabe donde le aprieta el zapato en esto de redactar un periódico? Nadie.

Pues bien, esa es la mejor recomendación que podemos hacer de *El Eco de Vuelta-Abajo*, dirigido por aquel consecuente amigo nuestro y cuyo primer número nos ha visitado en la presente semana.

¡Quiera Alá que nuestro hermano

Halle en su empresa un tesoro!

¡Así corresponde un moro

Al saludo de un cristiano!

Dice un periódico teatral de Madrid que la señora Zamacois y su esposo el señor Ferrer, emprenderán en breve un viaje á Filadelfia, en cuya ciudad se proponen dar algunas representaciones lírico-dramáticas.

El mismo colega da la noticia del fallecimiento, en Valencia, de D. José Villahermosa, esposo de la señora Llorens.

Víctima de la tisis, ha abandonado este valle de lágrimas el honrado zapatero Mariano Brú, á quien estuvo socorriendo con mano pródiga—durante su larga y penosa enfermedad—la Sociedad de Beneficencia de Naturales de Cataluña.

Ese apreciable convecino nuestro deja, sumidos en la mayor miseria, á su esposa y á cuatro hijos de corta edad.

Imploramos la caridad de las almas nobles, para esa familia sin ventura, que llora su orfandad en la calle de las Lagunas núm. 73.

Creemos que esta leve indicación bastará para que los lectores morunos realicen una buena obra.

Vayan unas máximas de cosecha ajena:

—El que sube sobre el carro de la esperanza, lleva de compañía á la pobreza.

—Lo que plantas en la tierra, te da producto; pero si colocas á un hombre, te quitará de tu sitio.

—El que te hable mal de otro, habla mal de ti también.

—El sabio conoce al ignorante porque él lo ha sido; mas el ignorante no conoce al sabio porque nunca lo fué.

—Las dulzuras del mundo son para el que no lo conoce; la amargura del mundo es para el hombre ilustrado.

—El estanque se va formando gota á gota.

—El sabio en su patria, es como el oro en su mina.

La escena pasaba esta mañana en la calle de San Ignacio, cerca de la Plaza Vieja.

Un carreton, cargado con una caja pirami-

dal, obstruía completamente el paso, atravesado de acera á acera.

Innumerables transeuntes se hallaban detenidos por tal estorbo.

De repente, la figura de un salvaguardia se dibujó en lontananza.

—¡Ahí viene el remedio! gritaron todos.

¡Ilusiones engañosas!

Llegó el salvaguardia, y ¿qué hizo?

“Caló el chapeo; requirió la espada;

Miró al soslayo; fuese, y no hubo nada.”

—¿Has leído el último breve del Papa?

—¿Y qué es un breve?

—Mira.....

—Caracoles! ¿Se llama eso breve, y coge dos columnas de un periódico?

Comedia en dos actos.

Acto primero.—Frente á un cuerpo de guardia. Es de noche.

—¿Quién vive?

—España!

—¿Qué gente?

—Paisano.

—¿A dónde va usted á estas horas?

—A comprar unas galletas, para el velorio de un muerto.

—Siga usted.....

Acto segundo. La misma decoración. Veinte minutos después.

—¿Quién vive?

—España!

—¿Qué gente?

—El de las galletas!.....

Tableau. (Con permiso de los galiparlistas.)

Se ha inaugurado, con gran solemnidad; la Exposición de Filadelfia. Mr. Grant presidió en la ceremonia.

Díganle á ese caballero

Que me espere por allá,

Si me toca el premio gordo

El veinte y dos del actual.

La celebrada artista Mlle. Aimée ha obtenido últimamente un gran triunfo, en la capital de Rusia.

Hemos gozado al leer el relato de las ovaciones tributadas, por el público moscovita, á la distinguida intérprete de *La Gran Duquesa*, tan simpática como inteligente.

Y ¿cómo se habrá mordido los labios cierto folletínista, que, en época no lejana, atacaba á la graciosa *Marie*, para enaltecer á una cantatriz de zarzuela que le pagaba diariamente el chocolate!

En un café de Madrid.

—¿Es usted?.....

—Comerciante en provincias.

—Muy rico debe usted ser, para traficar con la compra y venta de tan extensos territorios.

SOBREMESA.

EL MORO MUZA.—La filantropía nunca desmentida y el patriotismo acrisolado de los leales habitantes de la Habana, manifiestan en estos momentos toda su fuerza y todo su poder, en el gran bazar establecido en los salones del Casino Español, para socorro de los inutilizados en campaña. A pesar del mal tiempo que se ha presentado, la gente acude allí, noche tras noche, despreciando la furia de los elementos, y deposita sus caritativas ofrendas en manos de preciosas

damas, á trueque de obtener como recompensa objetos valiosos, además de la gratitud de los más directamente interesados en tan benéfica obra. Por eso me cuento entre los más asiduos concurrentes á nuestro primer instituto de recreo, y paso en él ratos agradabilísimos, ya observando el entusiasmo del pueblo que compra papeletas, ora celebrando el chiste de tal ó cual lance cómico que ocurre.

ALMANZOR.—Lo mismo digo, señor presidente; y para que usted se convenza de cuanto sé, respecto al bazar, quiero comunicar á la asamblea que éste se hallará abierto mañana domingo, desde la una hasta la tres de la tarde, permitiéndose la entrada á cuantas personas de la clase de color deseen visitarlo. La música del Batallón de Bomberos tocará allí escogidas piezas.

EL MORO MUZA.—Me agrada esa noticia, de igual manera que otra, enviada á nuestra redacción por la empresa del Gran Teatro.

SOLIMAN.—¿Cuál es ella?

EL MORO MUZA.—Que la zarzuela *Adriana Angot* no será puesta en escena hasta la semana entrante, determinación que obedece al buen deseo de ensayar la obra lo mejor posible y á fin de evitar precipitaciones, siempre perjudiciales, en la conclusión del rico vestuario que se prepara.

FERDUSI.—Entonces ¿qué obra se representa esta noche en el expresado coliseo?

EL MORO MUZA.—La misma dispuesta para mañana: *El barberillo del Avapiés*.

ABEN-ADEL.—Me alegro mucho, porque nunca me canso de oír esa deliciosa composición de Barbieri.

SOLIMAN.—A mí me sucede otro tanto; pero esta noche quiero asistir á la primera representación de *La pata de cabra*, anunciada en el teatro de Albisu. Tengo deseos de ver las nuevas decoraciones pintadas para esa popular comedia de magia, y además estoy ansioso de reír á mandíbulas batientes, viendo á Torrecillas en el papel de Don Simplicio Bobadilla. La graciosa Elvira, hija de ese chispeante actor cómico, hará de Cupido, siendo los amantes amparados por su egida, la estudiosa Anita Suarez Peraza y el simpático Pablo Pildain.

ALMANZOR.—En verdad, camarada, que la función ofrece atractivo; pero yo no concurriré á ella hasta mañana, ó el lunes, en cuyas noches se repetirá, porque hoy he de asistir á una boda, para la cual se me ha invitado.

ABEN-ADEL.—Ya que de bodas se trata, yo fui testigo, el sábado último, de un matrimonio efectuado en la iglesia católica del Espíritu Santo. Era la novia hermosa, y simpática como lo es su apellido para todos los amantes de la libertad española.

EL MORO MUZA.—Ya estoy curioso de saber su nombre.

ABEN-ADEL.—Cármen del Riego, una madrileña muy agraciada.

EL MORO MUZA.—¿Y quién fué el dichoso mortal que se unió para siempre á ella?

ABEN-ADEL.—El honrado joven comerciante D. José Rubio.

EL MORO MUZA.—Deseémeles eterna felicidad.

ALMANZOR.—Aprovecho la oportunidad, para dar cuenta, á la asamblea, de la relación de otro enlace, publicada en la sección de comunicados del *Diario de la Marina* del martes último. Entre otras cosas, dice:—“Lucía la joven desposada un riquísimo vestido blanco como el velo prendido en sus espaldas de alabastro, formando un contraste bello con la virginal corona de azucenas y blancos azahares que ornaban su casta sien.”—Y por más vueltas que le doy al párrafo, no me puedo explicar ese contraste.

EL MORO MUZA.—Yo tampoco me lo explico, ni admito ninguna otra explicación, porque ya sólo cabe el *pié de imprenta*.